

LA GEOGRAFIA DEL ESPANTO

Por Carlos SUAREZ

Durante muchas décadas fueron los países centroamericanos y del Caribe los protagonistas de innumerables sediciones, golpes de Estado, conflictos civiles e instauraciones dictatoriales. Calificaciones más o menos ajustadas, aunque generalmente utilizadas peyorativamente: "repúblicas del banano", "satrapías tropicales" y "republiquetas", proliferaron en los comentarios y análisis en realidades directamente influenciadas por la penetración económica, política y militar de los Estados Unidos. Pero a medida que la crisis del capitalismo obligó a la potencia norteaña y a sus principales aliados europeos a reajustar los mecanismos de dominio en el continente, tras el desplazamiento de Gran Bretaña como metrópoli, la ola de cuarteles fue también cubriendo la otrora "reserva democrática y representativa". Esa resultó ser entonces la partida de nacimiento del Cono Sur como límite de la geografía del espanto.

A la debilidad congénita de las instituciones de Bolivia y Paraguay, países sumidos en la dependencia más abierta respecto a un selecto grupo de transnacionales, vino a sumarse la convulsión sistemática de las luchas populares argentinas y brasileñas frente a la pretensión de perpetuar minorías oligárquicas en los gobiernos. La Guerra del Chaco, dramática encrucijada de la década de los 30, marcó el grado de sumisión de los clanes militares de La Paz y Asunción, mientras que el suicidio de Getulio Vargas (1954) y el derrocamiento de Juan Domingo Perón (1955) precipitaron a los mayores países en extensión del continente en situaciones que todavía hoy sacuden integralmente a sus estructuras sociales. Por su parte, Chile y Uruguay representaron en los primeros setenta años del siglo XX una suerte de excepción, asiduamente citada por sociólogos, periodistas especializados y politólogos, masivamente empeñados en demostrar que chilenos y uruguayos gozarían *in eternum* de las bondades de su condición europea. De poco valieron las advertencias brindadas por los efímeros golpes militares de Carlos Ibáñez del Campo y Gabriel Terra, ni tampoco los sangrientos precedentes de las

represiones que los gobernantes colorados de Montevideo desataron contra las zonas rurales o la deshonrosa participación de las fuerzas armadas chilenas ante las huelgas obreras de Santa María de Iquique. Conspiradores oficiales y cómplices más o menos ingenuos de las capas medias de la población, permanentemente alineados a una formación histórica colonial, se turnaron en la función de acuñar mitos desmovilizadores de las clases populares: la irrupción descontrolada de 1973 así nos lo enseña, como también que Pinochet y el general de turno en Uruguay no son accidentes ni circunstancias: responden a las necesidades de un sistema incapaz de preservar sus intereses a través del juego tradicional de las instituciones jurídico-políticas que el liberal-positivismo decimonónico edificara en el siglo XIX.

Quien hoy recorra el territorio militarizado del Cono Sur latinoamericano, desprovisto de prejuicios, pero a la vez dispuesto a no hacer concesiones frente a las propagandas gubernamentales, encontrará un rico caudal de experiencia para sintetizar en conclusiones objetivas. Es así que junto al régimen de "pobreza repartida", enaltecido por Alfredo Stroessner, quien dice:

"Hemos iniciado la Tercera Guerra Mundial": "si los mandos militares norteamericanos hubieran obrado como nosotros, no habría triunfado el Vietcong"; "¿acaso los franceses no hicieron lo mismo en Argelia?"

Y así podría seguirse con muchas frases de oficiales argentinos, auto-convencidos de su "misión salvadora del caos y la anarquía", orgullosos de las "victorias antisubversivas", exclusivamente obtenidas en las cámaras de tortura y en los periódicos fusilamientos clandestinos de presos políticos.

Coroneles y generales, ineptos hasta para las maniobras con balas de fogueo, llenan las páginas censuradas de los periódicos bonaerenses con los relatos de las supuestas batallas contra "el terrorismo". Tecnócratas tan asépticos que su nacionalidad se torna virtualmente irreconocible, peroran acerca de las ventajas de retornar a las épocas en que el obrero negociaba "igualmente" (sea en forma individual) las condiciones de trabajo con el patrón, trocando entonces las imposibilidades del capitalismo semicolonial en el disparate de la síntesis acuñada por orates al estilo Milton Friedman-José Martínez de Hoz: recesión-inflación-desocupación. De allí en más queda abierta la senda de ficciones que todo analista debe recorrer si quiere aproximarse a los sistemas vigentes en Argentina, Brasil, Paraguay, Chile, Uruguay y Bolivia.